

PR 5319

.A2

A44

1831

V. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

KENILWORTH.

CAPITULO XVIII.

El momento se acerca. — Ha llegado el momento en que será preciso que escribas el total absoluto de la inmensa suma de tu vida; las constelaciones que te protegen estan victoriosas; los planetas esparcen sobre tí su benigna influencia, y te dicen: He aquí el instante.

SCHILLER traducido por COLERIDGE.

CUANDO Leicester hubo vuelto á su casa despues de un dia tan importante y tan penoso, en que su barca, habiendo sostenido mas de un temporal y tocado mas de un escollo, habia sin embargo entrado en el puerto con la bandera desplegada, se hallaba tan fatigado como un marinero despues de una borrasca. No profirió una palabra miéntras su camarero, quitandole la capa rica de corte, le ponía una bata guarnecida de pieles; y cuando este oficial le dijo que Varney queria hablarle, no le respondió sino meneando la cabeza de mal

III.

I
010765

humor. Entró sin embargo Varney, y el oficial se retiró.

Permaneció el conde sentado, en silencio y sin moverse, apoyando la cabeza sobre su mano y el codo sobre una mesa que tenia á su lado, sin hacer caso alguno de su confidente, ni darse por entendido de su presencia. Varney aguardó algunos instantes que empezase la conversacion. Quería saber en que disposicion de ánimo se encontraba un hombre que en un dia mismo habia recibido una tras otra tan grandes emociones. Pero aguardó en vano: Leicester permaneció silencioso, y el confidente tuvo que hablar el primero.

— ¿Puedo dar á usía, dijo, la enhorabuena de la superioridad tan merecida que usía ha obtenido sobre su mas peligroso rival?

Leicester levantó la cabeza y contestó con tristeza y sin enojo: — Tú, Varney, cuyo ingenio intrigante me ha envuelto en un tejido peligroso de viles falsedades, debes saber mejor que yo si tengo motivos de estar tranquilo y satisfecho.

— ¿Me condena vm. acaso, dijo Varney, por no haber descubierto desde luego el secreto *de que depende su fortuna*, y que me ha sido recomendado tantas veces y con tantas instancias? Hallandose allí presente,

nada mas fácil que haberme desmentido, nada mas fácil que perderse diciendo la verdad. Pero no convenia á un fiel servidor confesarla sin estar autorizado por usía.

— No puedo negarlo, Varney, dijo el conde que se levantó y se paseaba en el cuarto: he sacrificado mi amor á mi ambicion.

— Mas acertado seria decir, dijo Varney, que el amor ha hecho traicion á la elevacion de vm., privandole de un porvenir de poder y honores tales que no puede ofrecer el mundo á ningun otro. Por haber dado á mi ilustre ama el título de condesa, ha perdido vm. la ocasion de ser...

Se detuvo, y nose atrevió á continuar la frase.

— ¿De ser *que?* preguntó Leicester: esplícate, Varney.

— De ser rey, replicó Varney, y rey de Inglaterra, que es mas. No es hacer traicion á la reina el hablar de esta manera. Esto hubiera sucedido si hubiese querido, como lo desean todos sus súbditos, escoger un esposo noble, valiente y de bella presencia.

— Eres loco, Varney, respondió Leicester; y por otra parte ¿no hemos visto en nuestro tiempo bastante para hacer detestar á los hombres la corona matrimonial que cogen sobre las rodillas de sus mugeres? ¿Has echado en olvido Darnley en Escocia?

— Darnley, dijo Varney, tonto, mentecato, grandísimo borrico, se dejó á lo bestia arrojar al aire como un cohete. Si hubiese tenido María la dicha de casarse con el noble conde destinado en otro tiempo á dividir con ella el trono, habria encontrado un marido de otro temple, y hubiera él encontrado en ella una muger tan dócil y afectuosa como la tierna esposa del último caballere de aldea, que le acompaña á la caza y le tiene la brida de su caballo mientras pone el pié en el estribo.

— Hubiera podido suceder muy bien del mismo modo que lo dices, Varney, replicó Leicester; y una alegre sonrisa aclaró su semblante mustio. Enrique Darnley conocia muy poco las mugeres. Con María, un hombre que hubiese conocido un poco el sexo, hubiera mantenido con facilidad el rango del suyo. Al contrario con Isabel: creo que Dios, al darle un corazon de muger, le ha dado una cabeza de hombre para traerle á raya. No, yo la conozco; acepta las prendas de amor, y paga á sus adoradores con otras; mete en su seno los sonetos amartelados, y lo que mas es, responde á ellos, llevando la galantería hasta el término en que va á cambiarse en un afecto recíproco; pero pone *nil ultra* á todo lo que debe seguirse, y no daría una

jota de su poder por todo el abecedario del amor y del himeneo.

— Mucho mejor para vm., dijo Varney, mucho mejor, es decir suponiendo que sean tales sus intenciones, puesto que no piensa vm. poder aspirar al título de su esposo. Es vm. su favorito, y lo será mientras la dama del castillo de Cumnor permanezca en la oscuridad que la oculta á los ojos del público.

— ¡Pobre Amy! dijo suspirando Leicester: ¡la pobrecilla desea tanto ser reconocida por condesa delante de Dios y de los hombres!

— Cierto que lo desea, respondió Varney; pero ¿es razonable ese deseo? esta es la cuestion. Sus escrúpulos religiosos estan satisfechos. Es esposa legítima, y está tratada y querida como tal: goza de la union con su marido, siempre que él puede, sin faltar á susmas precisos deberes, dar alguna escapada: ¿que puede ella desear mas que eso? Estoy enteramente convencido de que una dama tan dulce y tan tierna consentiria en pasar toda su vida en la oscuridad en que se halla en el día (oscuridad que en todo caso no es mas insoportable que la vida que pasaba en el castillo de Lidcote), ántes de disminuir lo mas mínimo de los honores y la futura grandeza de su esposo, queriendo gozar de ellos ántes de tiempo.

— Hay algo de positivo en lo que dices, Varney, y todo se echaria á perder si se presentase aquí. Sin embargo no podemos prescindir de presentarla á la reina en Kenilworth; Isabel no olvidará así como quiera las órdenes que ha dado para ello.

— Permita vm. que consulte con mi almohada, dijo Varney, para poder salir de este apuro. Sin eso no puedo dar la última mano á un proyecto que medito, y que espero que al paso que satisfaga á la reina sin ofender á mi ama, dejará este fatal secreto sepultado en donde se halla en el día. ¿Tiene usía algunas órdenes que darme?

— Deseo estar solo, respondió Leicester; dejame; pon sobre mi mesa la cajita de acero, y no vayas muy léjos.

Varney se retiró, y abriendo el conde la ventana, estuvo mucho tiempo mirando fijamente los grupos resplandecientes de estrellas que adornaban una de las mas hermosas noches del estío, y dejó escapar sin sentirlo estas palabras:

— Jamas he tenido tan grande necesidad del socorro de las constelaciones del cielo, pues el camino por tierra está oscuro y difícil.

En aquel siglo daban una grande importancia á las vanas predicciones de la astrolo-

gía judiciaria; y Leicester, aunque se hallaba en general esento de otras supersticiones, no era en esta parte superior al tiempo en que vivia. Y no solamente eso, sino que se había notado que protegía y fomentaba los profesores de esa supuesta ciencia. Es cosa notable que el deseo de conocer el porvenir, deseo tan general entre los hombres de todos los paises, se encuentra en toda su fuerza y vigor especialmente entre los que se ocupan en los asuntos de estado, y pasan su vida en medio de las intrigas y cabalas de las cortes.

Despues de haber dado mil vueltas á la cajita de acero para ver si la habian abierto, y si estaba la cerraja como él la habia dejado, introdujo en ella la llave y la abrió. Lo primero que hizo fué sacar una porcion de monedas de oro que estaban en un bolsillo de seda, despues un pergamino en que estaban dibujados los signos del zodiaco, y muchas líneas y cálculos que sirven para formar un horóscopo. Despues de haber examinado todo muy bien, sacó de la cajita una llave, y levantando una alfombra que cubria la pared, abrió con ella una puerta secreta en un rincón del cuarto, que daba á una escalera muy estrecha.

— Alasco, dijo el conde en voz alta, de manera que pudiese oirle el que habitaba en

la torre adonde conducia la escalera : Alasco, baja.

— Allá voy, monseñor, respondió una voz desde arriba : oyéronse los pasos torpes de un viejo que bajaba por la escalera de caracol, y se presentó el tal Alasco en el cuarto del conde. Era el astrólogo un hombre muy pequeño ; parecia muy viejo ; su barba blanca le llegaba hasta la cintura, y los cabellos eran muy canos tambien. Las cejas eran negras, y los ojos vivos y penetrantes ; y esta singularidad hacia la fisonomía del viejo sumamente extraordinaria. La tez era aun fresca, y tenia buen color ; los ojos, de los que hemos hablado ya, eran parecidos á los de un raton, por ser feroces y vivarachos. Sus modales no dejaban de tener cierta dignidad, y el intérprete de los astros, aunque respetuoso, no manifestaba encogimiento alguno, y por el contrario tomaba el tono magistral cuando conversaba con el primer favorito de Isabel.

— Se ha equivocado vm. de medio á medio en sus pronósticos, Alasco, dijo el conde despues de haber contestado á su salutacion : mi hombre está convaleciente.

— Hijo mio, replicó el astrólogo, permítame vm. que le recuerde que yo no he asegurado que moriria. No puede sacarse de los

cuerpos celestes, de su forma y de sus conjunciones ningun pronóstico que deje de estar sujeto á la influencia superior del poder divino :

Astra regunt homines, sed regit astra Deus.

— ¿ De que sirven pues todos vuestros cálculos y misterios ? preguntó el conde.

— Sirven de mucho, hijo mio, replicó el viejo, pues manifiestan el curso natural y probable de los sucesos, aunque este curso se halle subordinado á un poder mas elevado. Asi es que, al examinar el horóscopo que vuestra señoría ha sometido á mi arte, se observa que estando Saturno en la sesta casa en oposicion á Marte, que retrograda en la casa de la vida, no puede menos de verse allí una enfermedad larga y peligrosa, cuyo fin está entre las manos de la Providencia, aunque la muerte es el resultado probable. Sin embargo, si supiera yo el nombre de la tal persona, podria formar otro horóscopo.

— Su nombre debe quedar secreto, dijo el conde ; sin embargo me veo obligado á confesar que la prediccion en gran parte se ha verificado. Él ha estado enfermo y de peligro, pero no ha muerto. ¿ Has vuelto á sacar mi horóscopo, como Varney te lo ha ordenado ? ¿ estás dispuesto á descubrirme que

*

es lo que los astros predican sobre mi suerte futura?

— Mi arte está enteramente á la disposicion de vm., y he aquí, hijo mio, calculada sobre este papel la fortuna de vm., tan brillante como los fuegos mismos de los signos sagrados á los que está sujeto nuestro destino: el de vm. sin embargo no estará esento enteramente de temor, de dificultades y de peligros.

— A ser de otra manera, dijo el conde, mi suerte no seria la de un mortal; continúe vm., sabiendo que está hablando con un hombre preparado á todo lo que los destinos le reserven, y determinado á obrar ó sufrir cual conviene á un noble Inglés.

— Tu valor para una y otra prueba debe aun elevarse mucho mas, respondió el viejo: las estrellas anuncian al parecer un título mas soberbio, un rango mas elevado aun. Tú debes adivinar el sentido de esta prediccion, y yo no debo descubrirtele.

— Digamele, se lo suplico, se lo mando, dijo Leicester; digamele, Alasco, por amor de Dios.

— Ni lo puedo, ni lo quiero decir, replicó el viejo: el enojo de los príncipes es como la ira del leon. Pero atiende, y juzga por tí mismo. Aquí Venus, subiendo á la casa de la

vida y en conjuncion con el sol, esparce torrentes de luz en que el resplandor del oro se mezcla al de la plata, presagio cierto de poder, de riqueza, de dignidad, de todo lo que lisonjea la ambicion humana: jamas César, de la antigua y poderosa Roma, oyó de la boca de sus agoreros un porvenir de gloria tal que mi ciencia podria desenvolver sobre un testo tan rico á mi hijo favorito.

— Tú te burlas de mí, vejestorio, dijo el conde admirado del entusiasmo que el astrólogo acababa de manifestar en su prediccion.

— ¿Está acaso para chanzas el hombre que como yo tiene los ojos fijos en el cielo, y el pié en la sepultura? replicó el viejo con un tono solemne.

El conde dió dos ó tres pasos en su cuarto, con los brazos estendidos, obedeciendo al parecer á los signos de alguna fantasma que le escitaba á grandes empresas. Al mismo tiempo sorprendió al astrólogo que le miraba de hito en hito: una penetracion maliciosa estaba pintada en las miradas de observacion que lanzaba por entre sus cejas negras y espesas. La alma altiva y recelosa de Leicester se encendió de repente: se arrojó sobre el viejo desde el extremo del cuarto, y no se detuvo hasta que con su mano estendida tocó casi al cuerpo del astrólogo.

— ¡Miserable! dijo, si tienes la desgracia de engañarme, te desollaré vivo. Confiesa que estás sobornado para engañarme y venderme; confiesa que eres un impostor, y que soy una víctima de tus imposturas y traiciones.

El viejo manifestó alguna emoción, pero no la que debiera haber causado á la inocencia misma el furor que se habia apoderado del conde.

— ¿Que significa esta violencia, monseñor? respondió él: ¿como he podido yo merecer ese resentimiento?

— Pruebame, respondió el conde furioso, pruebame que no obras de acuerdo con mis mortales enemigos.

— Monseñor, replicó el viejo con dignidad, no puede vm. tener mejor prueba que la que vm. mismo ha escogido. He pasado las últimas veinte y cuatro horas encerrado en esa torre bajo una llave que ha quedado en poder de vm. He empleado las horas de la noche en contemplar los cuerpos celestes con estos ojos casi apagados, y durante el dia me he devanado los sesos completando los cálculos que nacia de su combinacion. No he comido, ni bebido, no he oido la voz humana. Vm. sabe muy bien que me era imposible. Y sin embargo yo le aseguro á vm., yo que acabo de pasar veinte y cuatro horas en

la soledad y en la meditacion, sí, se lo aseguro á vm., durante este mismo tiempo la estrella de vm. ha dominado sobre el horizonte, ó el libro brillante de los cielos ha mentido, ó un cambio feliz debe verificarse hoy en la fortuna de vm. Si nada ha sucedido en este intervalo que consolide el poder de vm., ó que aumente el favor de que vm. goza, entónces soy verdaderamente un impostor, y el arte divino que nació en las llanuras de la Caldea no es mas que un engaño grosero.

— Verdad es, dijo Leicester, que estabas encerrado. Y es cierto tambien que la mudanza que dices te ha sido revelada por los astros, se ha obrado en la situacion de mis asuntos.

— ¿Por que pues esas sospechas, hijo mio? dijo el astrólogo en tono persuasivo: las inteligencias celestes no sufren esta desconfianza ni aun á sus mismos favoritos.

— Poco á poco, respondió Leicester, me he equivocado. Jamas ni por condescendencia, ni por escusarse, los labios de Dudley dirán mas, ni á los hombres mortales, ni á las inteligencias celestes: solo exceptuo el poder supremo ante quien todo se prosterna. Pero volvamos al asunto que nos ocupa en medio de esas brillantes promesas. Has dicho que habia un punto de vista mas sombrío.

¿Puede instruirme tu arte de donde vendrá el peligro, y quien será el instrumento?

— He aquí lo que mi arte me permite responder á esa pregunta, dijo el astrólogo. El aspecto siniestro de los astros anuncia esa desgracia como la obra de un jóven.... un rival tal vez; pero no sé si será un rival en amor ó en el favor real, y la solá particularidad que puedo añadir es que viene del Occidente.

— ¡Del Occidente! ¡Ah! dijo Leicester, basta, basta: sí por cierto, de allí vienen los nublados. ¡Los condados de Cornouailles y de Devon! ¡Raleigh y Tresilian! es alguno de ellos, y me desharé de los dos, que será lo mas seguro. Sabio respetable, si te he injuriado, voy tambien á recompensarte con largueza.

Sacó un bolsillo lleno de oro del cofre que tenia delante: — He aquí doble del salario que Varney te ha prometido. Guarda fielmente mi secreto, obedece á las órdenes de mi primer caballerizo, y no sientas pasar algunos instantes por servirme en el retiro ó entre privaciones. Todo te será pagado generosamente. ¡Holá! Varney, lleva á este respetable anciano á su cuarto; que le sirvan bien, pero impide que se comuniquen con otras personas.

Varney hizo una inclinacion, el astrólogo

besó la mano del conde como señal de despedida, y siguió al primer caballerizo á otro cuarto en donde le habian preparado vino y algunas viandas.

El astrólogo se sentó para comer alguna cosa, y al mismo tiempo Varney cerró con precaucion dos puertas, examinó si habia alguno que escuchase, y sentandose al frente del sabio, empezó á hacerle preguntas.

— ¿Ha comprendido vm. la seña que le he hecho desde abajo?

— Sí, dijo Alasco (pues asi se llamaba), y me ha servido grandemente para componer mi horóscopo.

— ¿Y ha pasado sin dificultad? dijo Varney.

— No, respondió el viejo, pero al fin ha pasado, y he hablado ademas, como habíamos convenido, de un peligro causado por un secreto descubierto, y de un jóven recién llegado del Occidente.

— Los temores del conde y su conciencia aseguran el buen éxito de esas predicciones, replicó Varney; ningun hombre en mitad de la carrera que él corre conservó jamas tan necios escrúpulos. Me veo obligado á engañarle por su beneficio. Pero hablemos de los asuntos de vm., sabio intérprete de los astros. Yo estoy en el caso de manifestar á vm. su destino mejor que todos los pronósticos